

**Israel en el fin de siglo.
El conflicto del Medio Oriente
y la conformación de un
nuevo perfil económico,
político, social y cultural
en Israel**

para Ester Ashkenazi y Sara Shamli
para Juan Antonio Mateos

Andrés Ordóñez
ITESM, Campus Ciudad de México

La ejecución de Yitzhak Rabin y el ascenso de Benjamín Netanyahu

El asesinato del primer ministro israelí, Yitzhak Rabin, en el centro de Tel Aviv el 4 de noviembre de 1995, ciertamente rompió el ritmo y el empuje de las negociaciones entre israelíes y palestinos, cuyo aliento esperanzador había despertado amplias expectativas dentro y fuera del Medio Oriente. Pero no sólo eso. La ejecución de Rabin marcó también la emergencia de condiciones totalmente nuevas al interior del cuerpo social israelí en general, pero muy especialmente de la mayoría judía. Al momento de su muerte, Rabin, quien había sido el primer ciudadano nacido en Palestina que ocupara el cargo de primer ministro, se encontraba ejerciendo por segunda vez la jefatura de gobierno. Durante su primer período en ese alto cargo (1974-1977) había concluido el Acuerdo Interino con Egipto para la retirada israelí del Canal de Suez (1975), el cual además de haberle significado a la flota de la estrella de David el libre tránsito entre el Mar Rojo y el Mediterráneo, constituyó un antecedente fundamental para la paz entre Israel y Egipto pocos años después. Asimismo, en su primer período, Rabin había firmado el primer memorándum de entendimiento entre el Estado de Israel y los Estados Unidos de América (1975), con el cual aseguró a su país el apoyo estadounidense en la escena internacional, tanto en la esfera política como en la económica, la material y la militar. Durante su segundo período

como primer ministro (1992-1995), había firmado el Tratado de Paz con otro país clave para la seguridad isarelí: Jordania (1994), y se encontraba avanzando firmemente hacia una convivencia pacífica no sólo con los palestinos, sino también con Siria y, por ende, con Líbano, toda vez que un entendimiento con el régimen de Hafez El-Assad es condición *sine qua non* para suponer cualquier arreglo al problema de la frontera norte de Israel.

Es evidente que la relevancia histórica de la figura de Rabin es difícilmente cuestionable. Para entender cabalmente el impacto de su asesinato, es menester ubicar el carisma de este líder en términos del imaginario colectivo de su nación en el cual lo militar ocupa un lugar fundamental. Como lo hace notar el profesor Ilan Greilsammer de la Universidad de Bar-Ilan en su obra *La nouvelle histoire d'Israel: essai sur une identité nationale,*¹ el carácter de la sociedad israelí es eminentemente militarista en la medida en que los valores militares (el coraje, la reciedumbre, el heroísmo, etcétera) son centrales en la mentalidad del ciudadano medio y fundamentales en la valoración tanto de sí mismo como del prójimo. Nacido en Jerusalén en 1922, al completar sus estudios de agronomía, Yitzhak Rabin se había integrado al *Palmaj*, la fuerza élite de choque del movimiento Haganá, una de las organizaciones antagonistas al dominio colonial británico, antes de 1948. Durante los siete años de servicio en el *Palmaj* se distinguió como dirigente. Cuando el Estado de Israel es establecido, Rabin hace carrera en las Fuerzas Israelíes de Defensa (FID), donde permanece durante más de dos décadas. A los treinta y dos años le es otorgado el rango de general. En esa primera etapa de su carrera castrense, Rabin define los parámetros para el entrenamiento de la milicia nacional y establece un estilo de liderazgo que lo identifica con claridad. En 1962 es nombrado jefe del Estado Mayor. En ese cargo desarrolla la doctrina de combate de las FID sobre la base de la capacidad de despliegue y el elemento sorpresa, la cual habría de tener su prueba definitiva durante la Guerra de los Seis Días en 1967. Finalmente, en 1968, Rabin pasa a retiro tras veintiséis años de portar el uniforme de las FID.

Frente a esta portentosa figura perfectamente anclada en todos los ámbitos de la cultura política israelí, el hecho de que fuera un estudiante de la prestigiada universidad religiosa judía de Bar-Ilán quien ultimara a Rabin, revistió proporciones

verdaderamente traumáticas al sacudir hasta la médula los supuestos básicos que habían estructurado el imaginario colectivo desde la fundación del país en 1948. Ello habría de revelarse años más tarde como un síntoma inicial del proceso de recomposición del sistema político israelí. Tras el incidente se comenzó a hacer evidente un nuevo paisaje ideológico caracterizado por un creciente grado de intolerancia por parte de los sectores religiosos y un hartazgo de la tensión bélica y del sentimiento de inseguridad por parte de los laicos.

La historia de un gobierno amordazado

La serie de atentados terroristas previos a la elección de 1996 y el innegable carisma de Benjamín Netanyahu (el candidato del opositor Partido Likud) con su articulación de un discurso populista antiárabe que enfatizaba la seguridad y la lucha contra el terrorismo, desembocaron en la conformación de un gobierno de extremo conservadurismo cuya viabilidad dependió hasta el final del apoyo de los grupos más recalcitrantemente religiosos. Esta dependencia de los grupos religiosos tuvo que ver con la reforma practicada en 1992 a la Ley Básica de Gobierno. Antes de tal enmienda, la elección del jefe de gobierno era indirecta. La elección de 1996 fue la primera en la que el primer ministro fue elegido por voto directo. La contienda fue por demás reñida. Netanyahu ganó la elección por un escaso margen de nueve décimas,² lo cual significó una división tajante de la sociedad y, en consecuencia, el entorpecimiento del consenso indispensable para lograr la gobernabilidad del país. En el momento en que la elección del primer ministro es independiente de las elecciones parlamentarias, los dos tradicionales partidos mayoritarios de la historia política del Estado de Israel, el Partido Laborista y el Partido Likud, automáticamente se debilitan con los consiguientes problemas para la integración del gobierno. La falta de una clara mayoría Likud en la *Knesset* (Parlamento) hizo de los partidos minoritarios ultrarreligiosos el punto de articulación del nuevo gobierno. Los partidos Shas, Nacional Religioso y Judaísmo Torah Unidos habrían de vender muy caro su apoyo al entonces recién elegido primer ministro. Como es fácil suponer, para la integración de su gobierno, Netanyahu tuvo que recurrir a una amplia gama de arreglos específicos con cada partido minoritario y la gama de compromisos implícitos y explícitos terminarían sofocando su capacidad de acción.

La toma del poder por Benjamín Netanyahu tuvo efectos inmediatos. En lo interno, los sectores ultrarreligiosos recibieron jugosos subsidios en detrimento del gasto social, cultural y educativo del país. Largas sumas fueron invertidas en la proliferación de asentamientos invariablemente encabezados por fundamentalistas judíos en los territorios ocupados de Gaza, la Margen Occidental y las alturas del Golán. De allí que al poco tiempo resultara natural la tajante negativa a cumplir los compromisos adquiridos por el gobierno laborista de Rabin con los palestinos, así como el desconocimiento de los avances registrados en la negociación con Siria para la solución del problema del Golán e, indirectamente, de la situación en el sur de Líbano.

Los efectos de la durísima posición adoptada por el gobierno de Netanyahu no tardaron en hacerse sentir. En lo económico y en lo financiero, a Israel le significó un grave deterioro. La inversión extranjera comenzó a reducirse debido a la inseguridad producida por el virtual estancamiento del proceso de paz. De tal suerte, en 1998 la inversión extranjera se redujo 40% respecto a 1997 y 70% respecto a 1996. Ese mismo año la inflación alcanzó el 8.6%, el shekel (NIS) se devaluó frente al dólar estadounidense de 3.25 por 1 el año anterior, a 4.3 por 1 ese año y la tasa de desempleo llegó a un récord del 10%.³ En lo político, el desconocimiento de lo pactado entre la Autoridad Nacional Palestina y el gobierno anterior provocó grave frustración entre los palestinos, lo cual produjo el debilitamiento del liderazgo de Arafat y el fortalecimiento de los grupos opositores a él, especialmente del movimiento Hamás, lo cual acentuó la volatilidad de la situación. En esa crítica circunstancia, Estados Unidos, el socio estratégico esencial de Israel, también tuvo que asumir los costos de la intransigencia. El hecho de haberse comprometido como garante de los acuerdos israelo-palestinos y su necesidad de conservar incuestionado su papel de factótum en la región, lo obligó a intervenir durante 1998 con mayor determinación para buscar la realización efectiva del segundo repliegue de las Fuerzas Israelíes de Defensa de los territorios ocupados en la Margen Occidental. Así las cosas, a través de su enviado especial para el Medio Oriente, Denis Ross, Washington formuló una propuesta básica: la devolución del 13.1% de los territorios ocupados al oeste del río Jordán. Aun cuando la proporción de territorio a ser devuelto sugerida por la propuesta estadouni-

dense no era la ambicionada por los palestinos, el presidente Arafat, con el objetivo final del Estado Palestino en mente, se plegó a la propuesta básica de Washington. Esta jugada provocó que toda la presión recayera sobre el gobierno israelí. Tras un año de ires y venires de Ross entre Washington, Jerusalén y Ramalah, en septiembre de 1998 el gobierno de Netanyahu aceptó la propuesta y el 23 de octubre de 1998 tuvo lugar en la plantación de Wye River, Maryland, una cumbre tripartita auspiciada por la Casa Blanca para acordar las condiciones del segundo repliegue de las tropas israelíes y, en consecuencia, la reactivación del proceso de paz.

El Memorándum de Wye, como es conocido el documento donde se plasmó lo pactado, marcó un momento definitivo para la vida del gobierno de Benjamín Netanyahu. Dados los antecedentes de intransigencia, la sola presencia del primer ministro israelí en Wye reveló la situación precaria de su gobierno. Era claro que el gobernante israelí no podía seguir sordo a los reclamos de amplios segmentos de la población, ni cautivo de los grupos ultrarreligiosos. Su imagen dentro y fuera del país se había deteriorado al extremo. Sin embargo, el campo de maniobra del primer ministro era prácticamente inexistente. El 11 de noviembre, Netanyahu apenas consiguió que su propio gabinete ratificara el Memorándum de Wye. De los diecisiete integrantes del gabinete, cuatro se opusieron, cinco que originalmente se oponían terminaron absteniéndose y sólo ocho lo aprobaron. Semanas más tarde, la Knesset aprueba el memorándum, pero lo hace paradójicamente gracias al apoyo de la oposición laborista.

Los días del gobierno de Benjamín Netanyahu estaban contados. Pese a los pequeños avances inmediatamente posteriores a la aprobación del memorándum por la Knesset, la presión de los partidos religiosos que amenazaron cada vez más seriamente con dejar caer a Netanyahu, obligó al gobierno a interponer condiciones no pactadas cada vez más absurdas e increíbles que ni lograron preservar la coalición de gobierno ni surtieron efecto para impedir el desarrollo de los acontecimientos que apuntan cada vez más claramente hacia la constitución de un Estado palestino y sí en cambio deterioraron la relación con su aliado fundamental y la imagen internacional de Israel. Pero lo cierto es que la puntilla se la clavó el mismo Netanyahu cuando sugirió al presidente Clinton acudir en diciembre de ese mismo año a la ciudad palestina de Gaza para

atestiguar la votación del Parlamento Palestino que debería derogar el llamamiento a la eliminación del sionismo contenido en el artículo 15 de la Carta Palestina que a la letra decía:

Artículo 15: La liberación de Palestina desde el punto de vista árabe es un deber nacional (*qawmi*) y busca repeler la agresión sionista e imperialista contra la patria árabe, así como la *eliminación del sionismo en Palestina*. La responsabilidad absoluta de esto recae sobre la nación árabe –pueblos y gobiernos– con el pueblo árabe de palestina a la vanguardia. En consecuencia, la nación árabe debe movilizar su capacidad militar, humana, moral y espiritual para participar activamente junto con el pueblo palestino en la liberación de Palestina. La nación árabe debe, especialmente durante la fase armada de la revolución palestina, ofrecer y suministrar al pueblo palestino toda la ayuda posible, todo el apoyo humano y material y hacerle accesible los medios y oportunidades que le permita continuar su papel de liderazgo en la revolución armada hasta la liberación de la patria.⁴

Desde su fundación hace siete mil años y hasta el 14 de diciembre de 1998, ningún jefe de estado había puesto pie en la ciudad de Gaza. Tras soportar la noche del día 13 los desplantes que a sus costillas escenificaba el jefe de gobierno israelí para consumo interno, al día siguiente, en la mismísima ciudad de Gaza, el presidente de los Estados Unidos atestiguó el voto para la eliminación del llamamiento antisionista. Al manifestar a los parlamentarios palestinos que “con su voto unánime para la eliminación del llamamiento a la destrucción de Israel no se habían dirigido al gobierno de Israel sino que habían tocado el corazón del pueblo israelí,” Clinton dio el espaldarazo para la creación de un Estado Palestino y finalmente dejó caer a Benjamín Netanyahu.

La intención del primer ministro Netanyahu de apostar a la incapacidad de la dirigencia palestina para lograr el consenso sobre la eliminación de las cláusulas de la Carta Nacional Palestina que demandan la destrucción del Estado de Israel, constituyó un error fatal e inexplicable si se considera que dicha cláusula, cuyo origen se remonta a 1974, había sido paulatinamente soslayada por la política palestina. Ni siquiera fue mencionada en la Declaración de Independencia emitida en Argel en 1988 por el Consejo Nacional Palestino entonces en el exilio. En 1993, Arafat había dirigido diversas comunicaciones al

entonces primer ministro Rabin declarando nula la cláusula, lo cual fue reafirmado en diversas reuniones del Consejo Nacional Palestino desde 1996. De tal suerte, el impresionante espectáculo de un voto unánime en una ocasión tan señalada como la visita de Clinton a Gaza, necesariamente llevó a la reflexión formulada por Shimon Peres en el sentido de que ese proceso había desembocado en el intercambio de un pedazo obsoleto de papel por un Estado independiente. Inmediatamente, al término de la visita de Clinton, el mundo político israelí fue unánime al expresar que el 14 de diciembre Benjamín Netanyahu había fundado el Estado palestino nada menos que como un “protectorado estadounidense”. Aún más —dijeron los analistas— lo anterior no representaba ningún desastre en sí mismo; lo trágico fue que Benjamín Netanyahu hubiera provocado esa situación por mero accidente.⁵

Ante su incapacidad definitiva para seguir controlando los hilos, Netanyahu trata de conformar un gobierno de unidad nacional, pero sus esfuerzos son estériles. Él entra en un estado de inimaginable ansiedad. La desesperación lo lleva a incurrir en acciones que por momentos hacen sospechar de su cordura. Si ya su prestigio de mentiroso lo había hecho *persona non grata* en algunas capitales, su conducta tendía a confirmar la fama. En plena Knesset llega al extremo de prometer una cosa a un grupo de parlamentarios y un minuto después (*sic*) ofrecer exactamente lo contrario a otro grupo distinto. Netanyahu estaba en caída libre. Los analistas políticos israelíes lo presentaron como un rey Midas al revés o un Houdini en sentido contrario: todo lo que tocaba lo convertía en desperdicio y en tanto el escapista estadounidense era un maestro en librarse de cadenas y candados, Netanyahu fue presentado como un campeón en el extraño arte de enredarse en las cadenas y los candados de sus mentiras. Como último recurso, Netanyahu decide intentar montarse en la ola y él mismo somete a la Knesset la iniciativa de convocar a elecciones anticipadas. El 4 de enero de 1999 la Knesset aprobó dicha iniciativa y de inmediato se convocó a elecciones anticipadas para el 17 de mayo de 1999.

Campaña electoral: diagnóstico nacional

La convocatoria a elecciones anticipadas tuvo como efecto inmediato un entorpecimiento aún mayor del proceso de paz.

Los medios y analistas insistieron entonces en proclamar su virtual congelamiento, cosa que sin ser totalmente incorrecta, amerita ser matizada. Si bien es cierto que las consultas a alto nivel cesaron y aún antes se habían hecho cada vez más esporádicas, ello nunca significó su cancelación estricta. El proceso de paz nunca ha caído en una quietud absoluta y es imposible pensar que esto pudiese llegar a suceder si no fuere a riesgo de un brote bélico de gran magnitud. El proceso de paz levantino es particularmente complejo; sus niveles de negociación son múltiples y van desde la negociación directa de más alto nivel a las negociaciones secretas. En el *interim* hay un amplio número de comisiones para la negociación de aspectos específicos (seguridad, comercio, infraestructura, etcétera). Estas comisiones nunca han cesado su trabajo. Aunque a un ritmo muy moderado y no siempre de manera simultánea, las diversas comisiones han liberado la presión que de otro modo habría hecho estallar la situación tiempo atrás. No obstante, la imagen de congelamiento difundida por los medios nacionales (israelíes y palestinos) y extranjeros le significó a la Autoridad Nacional Palestina un serio problema, pues la frustración acumulada por la opinión pública en la Margen Occidental, pero especialmente en la franja de Gaza, comenzó a presentar visos de un serio reto a su capacidad de gobierno.

En Israel, las contradicciones intrínsecas del sistema político aceleraron su agudización. Más de un año atrás, distinguidos miembros del conservador Partido Likud habían marcado con toda claridad su distancia y al poco tiempo habían decidido su escisión. Tal fue el caso de Dan Meridor, quien incluso había fungido como ministro de Finanzas de Netanyahu, y Roni Milo quien pocos meses antes de terminar su período como alcalde de Tel Aviv había renunciado a su militancia en el Likud y había proclamado su intención de contender por la jefatura de gobierno del país. Por otra parte, en medio del huracán político de principios de 1998 el muy prestigiado general Lipkin Shahak, quien pocas semanas antes había concluido sus funciones nada menos que como jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Israelíes de Defensa, proclamó su determinación de unir fuerzas con Meridor y Milo para juntos integrar un partido llamado Centro para contender por el cargo de primer ministro en las elecciones de mayo. Pocos meses antes de la elección, hasta el propio ministro de Defensa, Yitzhak Mordechai, abandonaría el gobierno para asumir la candidatura del Partido de Centro al cargo de primer ministro.

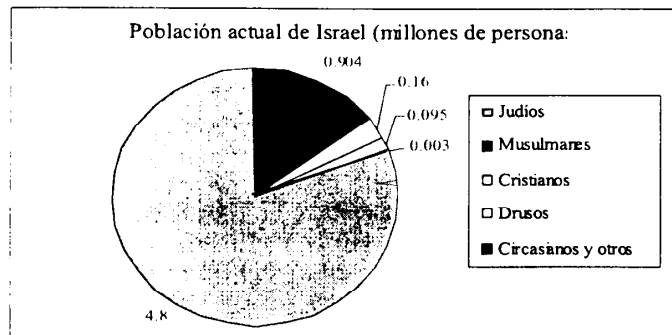
A ojos de los observadores quedaba claro que Israel estaba al borde de una profunda transformación política. En una primera instancia, los extranjeros que seguíamos con fruición el proceso israelí no descartábamos que el tema palestino seguiría siendo de primera importancia para las campañas electorales en Israel. Era notorio que otros aspectos como el creciente poderío de los ultrarreligiosos influiría en el desarrollo de los comicios, pero dado su encono e implicaciones regionales, nos daba la impresión de que el tema palestino seguiría siendo bandera de campaña. Las cosas no fueron exactamente así. Los cuatro meses de campaña dejaron ver sin falsos pudores que la propia diversidad que hace del Estado de Israel un país fascinante y poderosamente vital, constituía el primero y más grande de los retos a su existencia. Hoy el reto sigue siendo el mismo.

Sería difícil estimar con honestidad si la polarización que actualmente sufre la sociedad israelí en lo político y en lo económico es resultado de las políticas emprendidas por el gobierno de Benjamín Netanyahu. En todo caso, algo que parece incontrovertible es que esas mismas políticas sí contribuyeron a tal situación. En lo social, el desgaste económico contrastó con los generosos montos que el gobierno seguía otorgando a la minoría ultrarreligiosa que cada vez más frecuentemente incurría en deshonestidad manifiesta, por ejemplo, al incrementar el número real de estudiantes en las *yeshivot* (escuelas religiosas) y al manejar de manera espúrea esos recursos. Paralelamente a esto, el ciudadano laico israelí sufría la irritación de ver cómo mientras los ultrarreligiosos recibían pensiones familiares para que el jefe de familia pudiera dedicar todo su tiempo al estudio de la Torah, las universidades aumentaban las colegiaturas y los estudiantes se lanzaban a una huelga que por momentos parecía adquirir proporciones nacionales, a fin de lograr mayor número de becas. Adicionalmente, la excepción de los religiosos de los deberes militares también chocaba con las condiciones de una mayoría judía cuyos jóvenes, sin distinción de sexo, deben cumplir varios años de intenso entrenamiento militar y cuya población masculina debe dedicar hasta la mitad de su vida, un mes de cada año a la actualización de ese entrenamiento. Por si fuera poco, la conducta de los ultrarreligiosos no aportaba nada para paliar el descontento, pues durante las crisis de tensión bélica de principios y finales de 1998, derivadas de la animadversión de Estados Uni-

dos y el Reino Unido en contra del régimen de Irak, el aeropuerto Ben Gurión se vio atestado de religiosos huyendo del peligro de un hipotético ataque iraquí sobre Israel.

La diversidad como problema

No obstante lo anterior, el antagonismo entre laicos y religiosos es sólo una cara del poliedro del Israel contemporáneo. El Estado de Israel ha registrado en cincuenta años un avance económico, industrial y tecnológico sin parangón, lo cual ha hecho de la transformación acelerada y permanente la constante más conspicua. Ahora bien, esta transformación permanente va de la mano con la diversidad étnica y cultural del país. Según cifras oficiales, actualmente la población de Israel asciende a 6.03 millones de personas, de las cuales el 80.5% son judías, es decir, poco más de 4.8 millones. Del 19% restante, 76% (.904 millones) son árabes musulmanes, principalmente sunitas y de esa proporción, el 10% (90.4 miles) son árabes beduinos. Finalmente, de los cerca de 330 mil ciudadanos israelíes restantes, casi la mitad (160 mil) son cristianos (principalmente árabes), 95 mil son drusos y el resto circasianos y de otras minorías religiosas.⁶



En lo que a la población judía se refiere, según cifras del Ministerio de Absorción, entre 1948 y 1996, llegaron a Israel 366 mil inmigrantes provenientes de Asia, 466 mil de África, 1 millón 528 mil de Europa (840 mil de los cuales provenían de la antigua Unión Soviética y otra buena proporción de los países de la Europa oriental), 200 mil de América y Oceanía, lo

cual arroja un total de 2 millones 560 mil personas.⁷ Siendo el proyecto sionista un producto de la cultura política del *fin de siècle* europeo, resulta natural que los padres fundadores del Estado de Israel hayan sido en su gran mayoría ashkenazim⁸ y que, en tal virtud, las líneas generales del país hayan encuadrado fácilmente en el canon occidental. Esto también provocó el que a lo largo de la joven historia del Estado de Israel las posiciones de dirección política, económica, cultural, educativa y militar quedaran en manos preponderantemente Ashkenazim, cosa que dado el patrón migratorio hacia Israel de los últimos veinte años, es hoy en día motivo de seria inconformidad social. Por último, debemos agregar a lo anterior la importancia que reviste la fuerte ola de inmigración proveniente de los países de la antigua Unión Soviética. Durante la última década han inmigrado en Israel poco más de un millón de “rusos”, lo cual quiere decir que hoy por hoy, prácticamente la quinta parte de la población israelí es de esa procedencia. Lo anterior fue razón suficiente para que la derrota de Netanyahu haya sido obra no del voto religioso, sino del “ruso”. De igual modo, fueron los “rusos” los que con toda crudeza pusieron a la vista el verdadero carácter de lo que estaba en juego en las elecciones generales de mayo pasado.

Hasta antes de la crisis definitiva del gobierno Netanyahu, el llamado “voto ruso” se había agrupado en un solo partido, el Israel B’Aliya, capitaneado por el legendario Natan Sharansky, infatigable luchador por los derechos del pueblo judío en la desaparecida Unión Soviética, de tendencia eminentemente conservadora. Israel B’Aliya había otorgado su apoyo a Netanyahu en 1996 y ello le había valido la cartera de Comercio e Industria a Sharansky. No obstante, a lo largo del gobierno de Netanyahu, el importante segmento ruso de la población se sintió sistemáticamente acosado y, sobre todo, impedido civilmente por las disposiciones del Ministerio del Interior en manos del Partido Nacional Religioso, el cual al hacer tabla rasa de la creciente penetración y fortalecimiento de los negocios de la mafia rusa (prostitución, narcotráfico, lavado de dinero, etcétera), parecía colocar la responsabilidad de unos cuantos en la totalidad de los inmigrantes “rusos”. Así las cosas, a principios de 1999 aparecieron en la arena política israelí dos nuevos partidos rusos: *Israel Beitenu* (Israel nuestra casa) encabezado por el joven, ambicioso y muy controver-

tido político de origen moldovo Avigdor Liberman y *Shiluv* (Integración) fundado por los parlamentarios Yuri Stern y Michael Nudelman, ambos escindidos del partido de Sharansky.

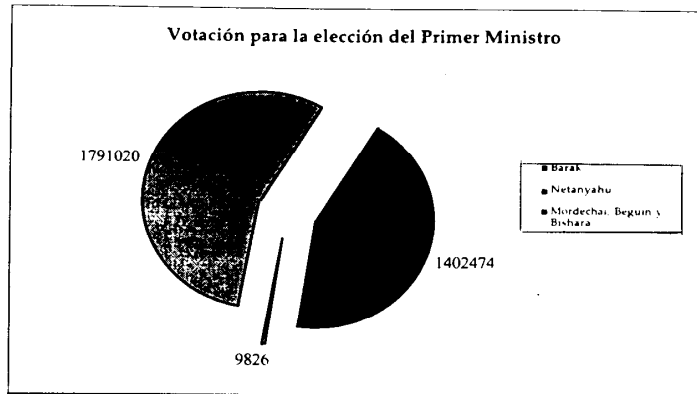
Cuando Liberman, de cuarenta años de edad, lanza su partido, es inmediatamente acusado de servir a los intereses divisionistas de Netanyahu. Razones parecían no faltar, pues el joven político había crecido a la sombra del entonces jefe de gobierno y no en balde había sido conspicua su actuación como director de la Oficina del Primer Ministro. Liberman también es acusado de corruptelas y amistades turbias, a lo cual él responde enarbolando la discriminación perpetrada por lo que él llamó la "aristocracia" ashkenazí en contra del resto de la ciudadanía judía israelí. Israel Beitenu fue definido desde un principio como conservador, secular y de inmigrantes, que se pronunciaba por un sistema presidencial fuerte y estable. Sus postulados denunciaban

el predominio de una oligarquía social [ashkenazí] que detenta las posiciones de poder y riqueza y que ve como marginales a quienes se encuentran en los escalones más bajos de la escalera social: los nuevos inmigrantes, los residentes en los poblados emergentes, los pobladores de Judea y Samaria y los sectores ultraortodoxos.

La atomización del "voto ruso" –en su gran mayoría de cuño conservador– resultó letal a Netanyahu. Por si fuera poco, Sharansky entró en negociaciones con Barak y horas antes de los comicios pactaron que a cambio del apoyo de Israel, B'Aliya, Sharansky sería ministro del Interior.

Ehud Barak. Anatomía de la victoria

El 17 de mayo de 1999 acudieron a las urnas 3 millones 203 mil 320 ciudadanos israelíes. De ese total, 1 millón 791 mil 20 votaron por Ehud Barak y 1 millón 402 mil 474 por Benjamín Netanyahu y solamente 9 mil 826 ciudadanos votaron por los candidatos restantes (los judíos Mordechai y Beguin y el árabe Bishara).

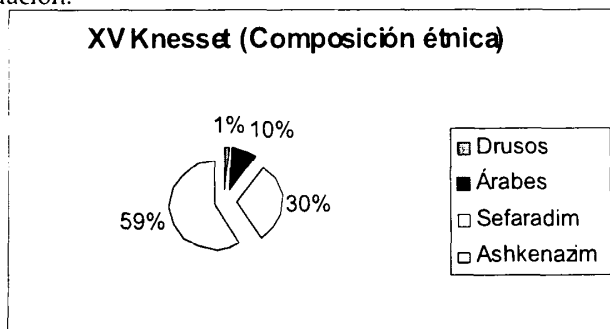


Evidentemente, la victoria de Barak resultó mucho más holgada que la de Netanyahu sobre Peres en 1996. Sin embargo, no fue difícil constatar de inmediato que la virtual partición a la mitad de la sociedad israelí, presente ya desde el triunfo de Netanyahu sobre Peres, seguía vigente aún cuando la beligerancia se había matizado en la medida en que el gobernante saliente se había convertido en el objeto de la animadversión casi general. Pese a las alianzas pactadas para enfrentar la jornada electoral, al momento de integrar la Knesset resultó claro que los ciento veinte asientos que componen el órgano parlamentario israelí estaban divididos casi a la mitad, incluso de manera desfavorable para Barak, entre los partidos conservadores y religiosos por un lado, y los progresistas por el otro. A riesgo de esquematizar en exceso los perfiles de las organizaciones políticas israelíes, el siguiente cuadro puede ayudar a comprender mejor la tajante división que refleja la Knesset actual.

Centro-Izquierda	Asientos	Conservador	Asientos
Un Israel	26	Likud	19
Meretz	10	Shas	17
Partido Árabe Unido	5	Israel B'Aliya	6
Hadash	3	Shinui	6
Partido Centro	3	Partido Centro	3
Alianza Democrática Nacional	2	Partido Nacional Religioso	5
Una Nación	2	Judaísmo Torah Unidos	5
		Unión Nacional	4
		Israel Beiteinu	4
Total	51	Total	69

La lectura de esta situación hace pensar que el electorado israelí optó por castigar a Netanyahu, más que por premiar a Barak. En ese sentido, más que una victoria de Barak, las elecciones generales en Israel significaron la derrota de Netanyahu. Las circunstancias antes descritas le han representado a Ehud Barak la necesidad de emplearse a fondo, de desplegar toda su capacidad y talento políticos para lograr la integración de un gobierno que le dé viabilidad a su gestión. Esta circunstancia explica, desde luego, la demora que sufrió el establecimiento formal del nuevo gobierno, pero más que eso, hace comprensible la discreción con la que el nuevo jefe de gobierno israelí ha tratado hasta fechas muy recientes el tema del proceso de paz en el Medio Oriente. Si bien es verdad que Ehud Barak manifestó desde un principio su disposición para reiniciar el diálogo con los palestinos, así como con los sirios y los libaneses, a lo largo de la campaña y, sobre todo, en los primeros meses posteriores a su elección, llamó la atención la virtual ausencia del tema en su discurso. Explicablemente, el motivo de sus alocuciones lo constituyó la necesidad de cerrar la brecha social en el país y para ello la diferencia entre ashkenazim y sefaradim⁶ era tan necesaria como conciliar la animadversión que se ha generado en contra de los *olim hadashim* (nuevos inmigrantes) provenientes de la antigua Unión Soviética, así como en contra de los judíos negros recién llegados de Etiopía.

La corrección del desequilibrio entre ashkenazim y sefaradim en puestos de decisión política, parece estar distante. Baste señalar que la composición de la Knesset es, en ese sentido, reveladora. De sus 120 miembros, 59 son ashkenazíes, 30 sefaradíes, 10 son árabes y 1 es druso, lo cual arroja la composición porcentual ilustrada en la gráfica presentada a continuación:



Resulta obvio el predominio Ashkenazí en el Poder Legislativo israelí. Lo que no es tan evidente es que en tanto ese predominio se distribuye entre los diversos partidos y tendencias políticas, la minoría sefaradí se concentra en los partidos religiosos. Visto el fenómeno de ese modo, el carácter minoritario sefaradí matiza sensiblemente su debilidad relativa. Es precisamente esa concentración étnica y el uso e implicaciones políticos de la aludida debilidad relativa de los sefardíes lo que, paradójicamente, ha otorgado al partido religioso Shas desde hace varios años un innegable peso específico en la escena política nacional. Tanto así que, pese a los escándalos de corrupción sufridos por Arie Deri,¹⁰ su carismático líder e hijo putativo de Ovadia Iosef, el Gran Rabino sefaradí, Barak no quiso correr el riesgo de excluir a Shas de su gobierno, pese a que algunos partidos integrantes de la coalición que lo llevó a la jefatura del gobierno habían sido enfáticos en su rechazo a compartir el poder con esa organización política.

El tiempo que tomó a Barak conformar su gabinete de gobierno llamó la atención a los observadores. Una vez hecho público, resultó obvio el motivo de la tardanza. Finalmente, éste quedó integrado de la siguiente manera:

Nombre	Posición ministerial	Militancia partidista	Origen étnico
Yitzhak Mordechai	Transporte; Viceprimer ministro	Centro	Sefaradí
Amnon Lipkin-Shahak	Turismo	Centro	Ashkenazí
David Levy	Relaciones Exteriores; Viceprimer ministro	Gesher	Sefaradí
Natan Sharansky	Interior	Israel B'Aliya	Ashkenazí
Avraham Shochat	Finanzas	Laborista	Ashkenazí
Benjamin Ben-Eliezer	Comunicaciones; Viceprimer ministro	Laborista	Ashkenazí
Ehud Barak	Primer ministro, Defensa	Laborista	Ashkenazí

Haim Ramon	Oficina del Primer Ministro, Responsable para Asuntos de Jerusalén	Laborista	Ashkenazí
Shimon Peres	Cooperación Regional	Laborista	Ashkenazí
Yossi Beilin	Justicia	Laborista	Ashkenazí
Dalia Itzik	Medio Ambiente	Laborista	Sefaradí
Shlomo Ben-Ami	Seguridad Pública	Laborista	Sefaradí
Yuli Tamir	Inmigración y absorción	Laborista	Ashkenazí
Yitzhak Levy	Vivienda	Mafdal	Sefaradí
Michael Melchior	Sin cartera; encargado de diáspora	Meimad	Ashkenazí
Ran Cohen	Comercio e Industria	Meretz	Ashkenazí
Yossi Sa rid	Educación	Meretz	Ashkenazí
Haim Oron	Agricultura	Meretz	Sefaradí
Eli Suissa	Infraestructura Nacional	Shas	Sefaradí
Eliyahu Yishai	Trabajo y Asuntos Sociales	Shas	Sefaradí
Shlomo Benizri	Salud	Shas	Sefaradí
Yitzhak Cohen	Asuntos Religiosos	Shas	Sefaradí
Matan Vilnai	Ciencia, cultura y deporte	Un Israel ¹¹	Ashkenazí

Pese al predominio ashkenazí, en la estructura misma del gabinete de Barak, se adivina una clara voluntad política de corregir el desequilibrio étnico en el grupo que detenta el poder. De veinticuatro posiciones ministeriales, incluida la de primer ministro y sin tomar en cuenta las tres de viceprimer ministro, catorce están en manos de ashkenazim¹² y diez de sefaradim. Lo anterior significa una proporción de 55% ashkenazí y 45% sefaradí. No obstante, es interesante notar que en el núcleo ministerial de la coalición amparada bajo el nombre de *Un Israel* e integrada por los partidos Laborista, Gesher y Meimad,¹³ la presencia ashkenazí sigue siendo mayoritaria:

Partido	Ashkenazim	Sefaradim	Total
Gesher		1	1
Laborista	7	2	9
Meimad	1	0	1
Total	8	3	11

Es decir, de los personajes israelíes en posiciones ministeriales pertenecientes a los partidos que desde un principio apoyaron y constituyeron junto con el Partido Laborista la coalición que contendió por el Poder Ejecutivo en Israel, los de origen ashkenazí constituyen el 73% y los de origen sefaradí sólo el 23%.

Israel y el proceso de paz en lo inmediato

Ehud Barak parece tener muy claro que Israel debe enfrentar el cumplimiento de los compromisos asumidos en Oslo, mismos que fueron reiterados en Wye (nada de lo establecido en Wye es nuevo, todo está contenido en Oslo). El legado del gobierno de Netanyahu ha colocado a Israel en situación de *capitis diminutio* en la medida en que la relación con sus aliados estratégicos, Estados Unidos antes que ninguno, y Jordania después, se deterioró seriamente. El desgaste de la relación con Estados Unidos cobra relevancia especialmente dado el desenlace del frívolo episodio entre el presidente Clinton y la señorita Lewinsky. Clinton no cayó, aún está por ver si los demócratas pierden el poder el próximo año y el gobierno de Israel aún le debe a Clinton la humillación de los últimos meses de Netanyahu. Por otro lado, Israel y los palestinos deben estar urgidos de aprovechar al máximo el poquísimo tiempo que le queda a Clinton antes del proceso electoral para su sucesión. Así parece indicarlo la visita de Barak a Washington. Una vez que inicie la carrera por la sucesión presidencial, el proceso de paz levantino perderá precedencia en las prioridades de Washington y, en todo caso, la entrada de un nuevo presidente significará en mayor o menor medida un nuevo trabajo de sensibilización del nuevo mandatario respecto a los problemas de la región. Dicho sea de paso, un éxito, aunque fuere relativo, en el Medio Oriente, significaría un activo más para la campaña presidencial de los demócratas.

En lo que toca a Jordania, este de por sí importantísimo país para la seguridad israelí, adquiere aún mayores dimensiones tras la muerte del rey Hussein. El joven rey Abdalah no puede darse el lujo de ignorar la frustración generada por el incumplimiento israelí de lo acordado con los palestinos. La población de Jordania es de 4.6 millones de habitantes, de los cuales 1.5 millones son palestinos,¹⁴ incluida la esposa del monarca. A Abdalah le tomará un buen tiempo construir una ascendencia moral semejante a la de su padre, incluso sobre sus propios súbditos y un paso en falso podría poner en peligro su reinado y hasta la misma dinastía Hashemita. Por su parte, aun cuando Arafat ha jugado con admirable maestría sus escasos naipes desde una posición de extrema debilidad, el desgaste de la dirigencia palestina ha sido de una severidad incontestable. Arafat no puede seguir pidiendo a su pueblo que espere; la frustración acumulada es altísima y un exabrupto sería tan peligroso para Israel como para la propia Autoridad Nacional Palestina y para el régimen jordano. Arafat necesita exhibir resultados inmediatos y en ese sentido, el cumplimiento de Wye sería un activo invaluable aun cuando el repliegue de 13.1% de las FID sea en términos de la estrategia general algo meramente coyuntural. El corazón de la negociación está en las condiciones reales para la negociación del estatuto final y, por supuesto, en la negociación misma de éste. ¿E Israel?

A poco más de cincuenta años de su fundación, un país que se jactaba de su igualitarismo ha comenzado a acusar los males de un Estado-nación hecho y derecho. Junto con los problemas sociales de orden común como la delincuencia y la prostitución, Israel comenzó a desvelar la realidad de una sociedad dividida en estamentos sociales y económicos determinados por factores de origen y raza, ante el cual el segmento judío ya no es inmune. En la cada vez más compleja y contradictoria sociedad judía israelí las tensiones entre laicos y religiosos, Ashkenazim y sefaradim, *sabras*¹⁵ y *olim hadashim*, tienden a intensificarse por razones económicas, políticas y, en fin, culturales.

La coyuntura es de una complejidad sustantiva, pues la superación del bache económico en el que se encuentra el país exige una transformación en serio de la manera en que Israel es percibido por el mundo en general y, en particular, por el inversionista extranjero. De igual modo, la sociedad israelí, cada

día más inmersa en la cultura del consumo, está cansada de vivir la tensión bélica como constante cotidiana y aunque el judío por lo general considera indigno ostentar las posesiones materiales, al ciudadano de Israel cada día le resulta más difícil aceptar que teniendo un ingreso *per cápita* anual superior a los 16 mil dólares estadounidenses, el alto precio de la vida tenga poco que ver con la mediocre calidad de la misma. Ello no será posible si no hay señales claras que indiquen un avance en el proceso de paz.

Al mismo tiempo, ¿cómo conciliar visiones del mundo tan disímolas como, por ejemplo, las del inmigrante europeo (occidental) o norteamericano con las del judío proveniente de la antigua Unión Soviética, Yemen, Etiopía o Iraq? Tradicionalmente el mortero donde todas las diferencias de origen, lengua, raza y cultura se concilian ha sido el ejército. Las Fuerzas Israelíes de Defensa han sido el tamiz social por excelencia. En el ejército todos son iguales y en sus barracas todos, cualquiera que sea su procedencia, se hacen israelíes. Ha sido en el ejército donde se han fraguado las amistades de toda la vida, los matrimonios, las alianzas comerciales y políticas, etcétera. Pero es inevitable señalar que ese papel demiúrgico de las FID ha sido posible gracias en buena parte a la existencia de un enemigo claramente identificado y definido: la entidad palestina. Ante este panorama cabe preguntarse en qué medida la paz podría ser más un problema que una solución ya que la carencia de un enemigo común podría acentuar la tendencia atomizadora que el asesinato de Yitzhak Rabin parece haber dejado al descubierto.

En el Medio Oriente la paz es un problema tanto como lo es la guerra. En el caso del mundo islámico y, en especial, el árabe, la diversidad de pareceres, proyectos y ambiciones trasciende la fe y en ese sentido la existencia del "enemigo sionista" resulta más que importante como factor de cohesión. En lo que toca a los palestinos, el discurso antisraelí, que en boca de sus hermanos de raza y religión los glorifica, en realidad los utiliza, pues falta ver en términos reales cuánta es la simpatía que efectivamente ha materializado en ayuda efectiva más allá de la otorgada por Egipto, Iraq y Jordania.

En términos generales, los habitantes de Israel y de los territorios palestinos comparten un origen semítico, algunas palabras, comidas y hábitos, pero hay otro rasgo que les es

común: un falso conocimiento recíproco. Ambos suelen descargar en la imagen incompleta del otro una parte de su responsabilidad por los propios problemas. En ese sentido es loable la labor del Centro Péres para la Paz, el Partido Hadash integrado por ciudadanos israelíes árabes y judíos y algunas organizaciones no gubernamentales en favor de un acercamiento recíproco. En Israel la paz no es solamente la ausencia de guerra. No basta con pactar la no agresión con los palestinos, con los sirios o con los libaneses. En Israel la paz implica la necesidad de llevar a cabo una profunda reconversión cultural; de generar una nueva mitología que modifique y eventualmente sustituya la naturaleza del marco de valores sociales anclados en la cultura militar. La tarea es titánica y en ese sentido la revisión crítica de la mitología nacional emprendida por los historiadores israelíes a quienes se les ha bautizado como "revisionistas,"¹⁶ es encomiable.

Es comprensible que el tema del proceso de paz haya sido escasamente referido por Barak –él mismo héroe de guerra y, al parecer, el militar más condecorado de su país– en sus intervenciones de campaña y en las posteriores a la elección. Entonces fue claro su mensaje: la reconciliación social como prioridad y base de cualquier estrategia o acción política de Estado. Una vez lograda la ingeniería de su gobierno y establecido el sistema de pesos y contrapesos étnicos y partidistas, Barak no perdió tiempo para empezar a desmanchar la imagen de Israel en el exterior. De inmediato visitó Egipto y Jordania. Luego vino el primero de los encuentros con Arafat, la declaración dirigida hacia el mundo árabe en general y hacia Siria en particular, convocando a lograr "la paz de los valientes" y los consecuentes coqueteos entre Damasco y Jerusalén, e incluso el luto israelí por la muerte del rey de Marruecos, país con el cual la relación bilateral había estado sufriendo una prolongada hipotermia, y todo ello engarzado con los preparativos de su primera visita oficial a Washington, un objetivo fundamental. Sobre ese particular, a juzgar por el comunicado conjunto emitido el 19 de julio al cabo de la visita, ésta fue más que exitosa. Con algarabía ambos líderes anunciaron la consecución de un "nuevo entendimiento" cuya finalidad apuntaría a la realización de un esfuerzo conjunto para poner fin al conflicto árabe israelí y alcanzar una paz general en el Medio Oriente. En su parte sustantiva, el comunicado anuncia la in-

minente suscripción de un memorándum de entendimiento que, en pocas palabras, garantizará a Israel la preservación de la ventaja tecnológica que en todos sentidos, pero especialmente en materia militar, detenta frente a sus vecinos y, de manera general, reforzará en sustancia la capacidad de respuesta militar israelí.¹⁷ De igual modo, el memorándum de entendimiento confirma la voluntad del Poder Ejecutivo estadounidense de continuar gestionando el paquete de ayuda por un monto de 1.2 billones de dólares logrado por Netanyahu en Wye para apoyar el repliegue de las FID en el 13.1% del territorio de la Margen Occidental acordado en Maryland en 1998.¹⁸ De regreso de Washington, Barak visitó el Reino Unido, país con el cual la relación bilateral se había desgastado particularmente durante los años de Netanyahu. Al mismo tiempo propuso ampliar a quince meses el plazo para llevar a la práctica el memorándum de Wye para incluirlo en el estatuto final, siempre que el presidente Arafat estuviera de acuerdo, lo cual no sucedió. Casi de manera paralela, el día 22 de julio el presidente del gobierno español, José María Aznar, fue portador de un mensaje que el presidente sirio Hafez El Assad envió al premier Barak manifestándole su disposición a reanudar las conversaciones de paz. Curiosamente, ese mismo día el Estado Mayor de las FID hizo público su reconocimiento a Siria por su capacidad de contener los ataques del Hizbolah perpetrados contra el norte de Israel con cohetes Katyusha.

Habrà que ver cuánto dura esta seducción. Por lo pronto, la negativa de Arafat, que en principio debería ser asumida con inusual benevolencia, en los hechos hizo rememorar que como jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Israelíes de Defensa, Barak le advirtió a su mentor, Yitzhak Rabin, sobre las dificultades que Oslo crearía *in situ* ya que, pensaba, Israel estaría cediendo cartas de negociación a cambio de vagas promesas de buena conducta por parte de los palestinos. A principios de agosto, el hoy primer ministro dijo lo mismo con otras palabras.¹⁹ La rudeza ha sido siempre la constante en la negociación entre israelíes y palestinos. Esta situación no tendría por qué cambiar con Barak. En ese sentido es de esperar que el nuevo régimen israelí trate de forzar a los palestinos a concluir la negociación de un estatus permanente que le sea favorable. Esto en modo alguno es sorpresa para la dirigencia palestina. De hecho, en el momento que se hicieron públicos los resultados de

la elección de enero, el negociador en jefe del equipo palestino, Saeb Erekat, declaró que no esperaban un trato más benevolente, pero que en todo caso sería mejor tener enfrente un negociador rudo que no tener a nadie con quien negociar.

Todo lo anterior hace previsible que la reactivación del proceso de paz en el Medio Oriente sea un hecho, pero que el ritmo de sus avances diste mucho de lo deseado por Washington y sus aliados occidentales. La paz es un problema para todos los involucrados en la región, tal vez con la excepción de los palestinos, quienes paradójicamente constituyen lo más delgado del hilo. Es altamente probable que los avances serán lentos y tortuosos, pues, insisto, la paz en la región y, en particular para Israel, no es únicamente la ausencia de la guerra. Fuera de sus convicciones estratégicas, la realidad nacional le impone a Ehud Barak severas restricciones en su capacidad de maniobra. Aun en la hipótesis más optimista, como por ejemplo la de Shimon Péres, quien confía en que la cesión de territorio podría modificar sustancialmente la naturaleza de la relación con los palestinos y facilitar la negociación de los asuntos más espinosos (fronteras permanentes, los asentamientos judíos, los refugiados y, por supuesto, Jerusalén), es imposible no tomar en cuenta que la amplitud misma de la base de gobierno que sustenta al primer ministro Barak lo obliga a diluir la contundencia de sus propósitos. Ehud Barak se encuentra moviéndose en varias pistas simultáneas, cada una a diferente velocidad. Pero una cosa es clara y definitiva: la prioridad no es el proceso de paz. Y no lo es simplemente porque no puede serlo. Las tensiones internas reclaman toda la astucia política del grupo gobernante israelí, de otra forma la propia existencia del Estado de Israel estaría en peligro.

México y el proceso de paz del Medio Oriente en el futuro próximo

Cualquiera que sea el curso que tome el proceso de paz en el Medio Oriente, la posición mexicana no debiera perder de vista su interés. Empero el problema estriba en que más que interés lo que parece haber es un pronunciado desinterés de nuestra parte en la región levantina, así lo demuestran las cifras de nuestros intercambios comerciales con la región, la dimensión de nuestra cooperación educativa y cultural y el nivel de nuestra interlocución política.

Dada la indiferencia mexicana por la región, parecería lógico pensar que la tradicional posición legalista de nuestra diplomacia no parece inadecuada. A final de cuentas, el régimen de votación de México en la Asamblea General de las Naciones Unidas ha sido consecuente y ha reflejado el grado de avance del proceso en su conjunto y en cada uno de sus temas,²⁰ de modo que sobre esa base bien podría la cancillería mexicana seguir mirando el Medio Oriente desde nuestra delegación permanente ante la ONU en Nueva York y no a través de nuestras embajadas residentes en la región. No obstante, en el futuro inmediato se vislumbran dos acontecimientos que ameritan la atención y la reflexión de la Secretaría de Relaciones Exteriores. El primero de ellos es la eventual suscripción de un Tratado de Libre Comercio con Israel a fines del presente año y el segundo, la inminente declaración del Estado Palestino.

Es previsible que la firma del TLC con Israel sirva de detonador para la relación bilateral. En 1997 las exportaciones de México a ese país no rebasaron los treinta (30) millones de dólares estadounidenses y las importaciones fueron tan sólo por un monto de ciento doce (112) millones de la misma divisa.²¹ Las cantidades son desproporcionadas respecto al potencial que ofrece un país que como Israel importa anualmente arriba de 30 mil millones de dólares y cuyo PIB *per cápita* es superior a los 16 mil dólares. En caso de que esa explosión tenga lugar y que ésta traiga aparejada la intensificación de la cooperación científico-técnica, financiera, etcétera, ¿deberemos modificar nuestra posición legalista hacia la región? Desde la perspectiva de nuestra tradición diplomática, diríamos que no, que los principios son los principios y el comercio es el comercio. Pero ese no ha sido el caso con América del Norte, en cuyo caso nuestra posición ha revelado un poder de adaptación que bien podría ser entendido como flexibilidad o como inconsistencia.

Otro problema de definición es el que ofrece la creación del Estado Palestino. A primera vista, su inminente declaración no parecería ofrecer mayor problema. México se ha pronunciado siempre por el derecho de cada pueblo a la autodeterminación y se ha ostentado como un celoso guardián del concepto de soberanía. Pero en todo el acervo documental de Oslo no se menciona jamás la palabra "soberanía" con relación al Estado Palestino. Es más, cuando surja, el Estado Palestino no será un Estado en el sentido estricto del término. Tendrá su soberanía-

nía acotada. Siendo ese el caso, ¿deberá México reconocer de inmediato al Estado Palestino? Si no lo hace, ¿dónde está la coherencia histórica? Si lo hace, ¿cómo conciliamos nuestra apasionada defensa de la soberanía ante un fenómeno que la niega en el momento mismo en que surge?

En el Medio Oriente los intereses son los intereses, se actúa en consecuencia y nadie espera de los otros una conducta distinta. Tan legítimo sería el interés mexicano con Israel a ojos de los árabes como para los israelíes el caso contrario. Sin embargo, pese al interés manifiesto de uno y otros en México, seguimos varados en una ambivalencia incomprensible tanto para los judíos como para los árabes y que redundará en inmovilidad y en el desperdicio de la fuente de oportunidades que la región nos brinda. El Medio Oriente, aparentemente tan lejano a nuestra realidad y nuestros intereses, ofrece una prueba más de la urgencia que reviste repensarnos a nosotros mismos en el contexto de transformación nacional e internacional por el que atravesamos los mexicanos. La dinámica y la manifestación de la realidad política mundial al fin de la Guerra Fría nos exigen actualizar tanto nuestra acción internacional como nuestro marco conceptual. No quiero decir necesariamente negar nuestra tradición principista, pero sí reubicarla en la mitología política nacional tanto como en su funcionalidad real en el mundo concreto. Debemos darnos a la revuelta en su sentido etimológico: re-volver, es decir, *volver otra vez* a nuestros orígenes y darles un nuevo sentido para así proyectarlos y proyectarnos hacia el futuro.

Notas

¹ (1998). París: Gallimard.

² 50.4% de los votantes favorecieron a Netanyahu y 49.5% a Shimon Péres.

³ Cifras del Banco de Israel publicadas por el diario *Ha'aretz*. Tel Aviv, enero 19 de 1999 y de la Oficina Central de Estadísticas del Estado de Israel publicada en *Israel in figures*. Jerusalén, 1999.

⁴ *Loc. cit.* Las cursivas son mías.

⁵ *Cfr. Ha'aretz*, 15, 16 y 17 de diciembre de 1998.

⁶ Oficina Central de Estadística. Jerusalén, Israel.

⁷ (1997). *Centenario del Sionismo. 1897-1997*. Jerusalén: Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel.

⁸ De origen europeo, con excepción de la península ibérica.

⁹ En hebreo Sefarad designa a España y el término *sefaradim* ha

englobado no sólo a los judíos ibéricos sino también a los magrebíes, levantinos y asiáticos.

¹⁰ Tras un prolongado proceso de varios años con profundas implicaciones políticas, en marzo de 1999 Deri fue encontrado culpable de fraude, abuso de confianza y soborno.

¹¹ Tras su retiro de las Fuerzas Israelíes de Defensa en 1998, se incorporó al movimiento Un Israel. No hay datos de militancia partidista previa.

¹² No debemos olvidar que Barak es también ministro de Defensa.

¹³ Un Israel está constituido por los partidos Laborista, Gesher y Meimad. *Ha'Aretz*, agosto 10 de 1999.

¹⁴ (1998). *Statistical Yearbook*. Aman: National Information System of Jordan.

¹⁵ En hebreo la palabra "sabrá" quiere decir *tuna* (higo chumbo en España) y así se autodefinen los nacidos en Israel ("espinosos por fuera y dulces por dentro").

¹⁶ Sobre este particular, el profesor Greilsamer de la Universidad de Bar-Ilán ha sido enfático al rechazar el mote de "revisionista" ya que una revisión no se puede realizar sin historiografía y es precisamente eso, la elaboración de una historiografía en lo que están empeñados él y sus colegas. *Cfr.* Greilsamer, I., *op. cit.*

¹⁷ The two leaders also reviewed the status of the U.S.-Israeli defense relationship and agreed that existing defense channels of coordination and cooperation work effectively. These would have to be further consolidated and strengthened under a Defense Policy Advisory Group (DPAG) to meet the new challenges of WMD, counter proliferation (CP) and theater missile defense (TMD). The Group will coordinate and plan the cooperation between the U.S. Department of Defense and the Israeli Ministry of Defense. (...)

President Clinton and Prime Minister Barak agreed that Israel faces new challenges in the strategic arena, particularly the proliferation of weapons of mass destruction and ballistic missiles that threaten to undermine Israel's security. In this context, the two leaders agreed to step up the overall bilateral cooperation and coordination, as well as to implement a number of measures designed to help Israel meet these emerging threats:

- The United States will provide funding for Israel's acquisition of a Third Arrow battery that will enhance the protection of Israel's citizens from ballistic missile attacks.

- The United States and Israel will expand their collaborative efforts to develop new technologies and systems designed to deal with ballistic missiles.

- The two leaders will establish a Strategic Policy Planning Group (SPPG), composed of senior representatives of the relevant national security entities of both countries. It will be tasked to develop and

submit recommendations on measures to bolster Israel's indigenous defense and deterrent capabilities, as well as the bilateral cooperation to meet the strategic threats Israel faces. The SPPG will also consider ways to minimize risks and costs, to enhance Israel's security, and address its other needs related to national security which arise in the context of steps Israel might take to achieve a comprehensive peace. The SPPG will report to the President and the Prime Minister at four month intervals. The two leaders agreed to meet in joint session at regular intervals. *Joint Statement by President Clinton and Prime Minister Ehud Barak*, 19 de julio de 1999. Jerusalén: Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel.

¹⁸ The package will have three components:

-Assistance to the Israeli Defense Forces as they carry out further redeployments, including projects which will be managed by the U.S. Army Corps of Engineers.

-Assistance in meeting Israel's broader strategic requirements, including Theater Missile Defense (TMD), helicopters, and communications equipment and munitions. *Ibidem*.

¹⁹ Aluf, B. It's not Wye, it's Oslo. *Ha'Aretz*, 4 de agosto de 1999.

²⁰ Cfr. (1997). *Evolución del voto de México en la AGONU sobre el tema del Medio Oriente*, documento interno. Dirección de Asuntos Políticos y Jurídicos de la Dirección General para el Sistema de las Naciones Unidas, Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

²¹ Bancomext, página electrónica en Internet.